

VIOLENCIA Y MONOTEÍSMO

Un ejemplo según el Antiguo Testamento¹

NORBERT LOHFINK*

Resumen:

La idea de una relación esencial entre monoteísmo y violencia es mucho más antigua que el 11 de septiembre de 2001, fecha del golpe de los «monoteístas» de Arabia Saudita de Al Qaeda, en New York. El contexto de la presente exposición está limitado de manera estricta al antiguo Israel, mejor aún, al Antiguo Testamento. De todos modos este ámbito parcial ocupa un lugar significativo pues allí comienza la historia de los llamados monoteísmos y fundamenta la creciente nostalgia actual de un politeísmo pacífico.

Palabras Clave: Biblia Monoteísmo Politeísmo Violencia.

Abstract:

The idea of an essential relationship between monotheism and violence is much older than the September 11th 2001 blowing of the twin towers in New York by the Saudi Arabian monotheists of Al Qaida. The context of this essay relates solely to the Old Testament. It is indeed a very restricted milieu but it bares a significant meaning because it is the cradle where all the

¹ Este artículo se publica con la autorización expresa del autor y de la editorial original. "Gewalt und Monotheismos Beispiel Altes Testament". En: *Monotheismus - Eine Quelle der Gewalt?* Düringer, Hermann 61-78, Arnoldshainer Texte 173. Frankfurt am Main: Haag und Herchen 2004.

* Doctor en Sagrada Escritura del Instituto Pontificio de Roma. Profesor en Sankt Georgen en Frankfurt y en el Instituto Bíblico de Roma. Actualmente pertenece al comité de la editorial Katholisches Bibelwerk y de la Revista Bíblica de Roma. Ha escrito numerosos libros y artículos dentro de los que se destacan en castellano: *Valores actuales del Antiguo testamento*, 1968; *Las tradiciones del Pentateuco*, 1998; *La Opción por los pobres*, 1999; *The Inerrancy of Scripture and other essays*. Ed. Bibal 1994; *Church Dreams Talking Against the Grain* 1999; *A la sombra de tus alas*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2002.

Artículo recibido el día 11 de agosto de 2004 y aprobado por el Consejo Editorial el día 12 de octubre de 2004.

Dirección del autor: norbert.lohfink@jesuiten.org

Tradujo: Dr. Alberto Ramírez Zuluaga

so called monotheisms are born. This Old Testament environment is, in fact, the basis of an increasing nostalgia for a pacific polytheism in our days.

Key Words: Bible Monotheism Polytheism Violence.

La idea de una relación esencial entre monoteísmo y violencia es mucho más antigua que el 11 de septiembre de 2001, fecha del golpe de los monoteístas de Arabia Saudita de Al-Qaida. Ya David Hume había escrito:

La intolerancia de aproximadamente todas las religiones que han afirmado la unicidad de Dios es tan notable como el principio opuesto de los politeístas.

Desde hace muchos años ya sopla otra vez como algo nuevo por nuestras publicaciones y discursos dominicales alemanes la nostalgia de un politeísmo pacífico, presentada con grandes titulares.

Había en cada árbol, en cada fuente y en todo arrollo otro dios. Inimaginable que bajo la protección de una multiplicidad de dioses dispersos por prados y bosques pudiera amenazar alguna vez peligro.

- así Martin Walser. Por no hablar sino del último que ha pasado por los países con esta evaluación del monoteísmo: el egiptólogo de Heidelberg, Jan Assmann, quien terminó en Munich en un simposio científico una conferencia sobre «Monoteísmo e Ikonoclamus (controversia de las imágenes) como Teología política» con la frase significativa:

Si se quiere salvar la idea monoteísta, entonces se la debe despojar de su violencia inherente.

Yo percibo esta frase en sí misma como violencia verbal. Pero dejémosla simplemente como punto de partida. Ella representa todo lo que hoy se está ventilando.

La presente conferencia hace parte de una serie. Dentro de este contexto mi tema está limitado de manera estricta al antiguo Israel. De manera todavía más precisa: al Antiguo Testamento. De todos modos este ámbito parcial ocupa un lugar significativo especial ya que aquí comienza la historia de los llamados monoteísmos.

La palabra «monoteísmo» fue creada solamente en el siglo XVII. No se trata de la auto-caracterización de una de las religiones así clasificadas. En la palabra se esconde en parte una actitud despectiva y un desconocimiento de las religiones no monoteístas que luego fueron designadas de manera lógica como «politeístas». Tampoco es ésta

en modo alguno la designación que ellas hacen de sí mismas. Las dos palabras han demostrado ser, desde hace tiempo, inapropiadas. El Dios *uno* de los monoteísmos puede ser experimentado en cada caso de manera diferente según su relación con el mundo. En los politeísmos juega a menudo un gran papel contra la primera impresión la experiencia de la *unidad de lo divino*. La noción «monoteísmo» es hija típica del pensamiento racionalista. En la discusión del momento, ella es aparentemente tan útil porque se la relaciona de manera inmediata, en su sistema simple de enumeración de los dioses, con el pensamiento de «lo verdadero y lo falso», y éste a su vez puede ser acusado muy fácilmente como estandarte de la intolerancia, en tanto que intolerancia es naturalmente comparable con «violencia». La elección de términos tiene su finalidad. Elegido el campo de asociación, la tesis está casi probada.

Si se pregunta concretamente en qué religiones se ha pensado, aparece claramente: sólo se piensa en tres: Judaísmo, Cristianismo e Islam. Ellas son consideradas como las religiones de la violencia.

Ahora bien, habría otra designación común para estas tres religiones que tendría la ventaja de no sugerir el campo de asociación que conduce a la objeción de la violencia. En efecto, todas tres están históricamente relacionadas, todas tres ven su comienzo en Abraham, el hombre llamado por Dios. En razón de esto se ha introducido la noción de «religiones abrahámicas». En realidad, sería más objetivo utilizarla.

Las religiones abrahámicas comenzaron con Israel. El Antiguo Testamento es el libro sagrado más antiguo de estas religiones. La cuestión de la violencia en el antiguo Israel y en el Antiguo Testamento tiene una significación especial.

Como se ha dicho, hoy en día la discusión se da en torno a la palabra clave «monoteísmo». El mismo Assmann, precisamente a causa del cuestionamiento general que ha recibido por parte de especialistas por esta designación, ha puesto en su último libro otra expresión en el centro, ya introducida igualmente por él mismo: «la diferencia mosaica», que le ha servido para referirse a la distinción entre religión verdadera y religión falsa. Sin embargo, lo que a él le sigue interesando son los monoteísmos, a pesar de que ellos quizás solamente se convirtieron en realidad histórica en raros «momentos monoteístas», como él sigue opinando. Nuestra jornada fue concebida en cierto sentido antes de las más recientes diferenciaciones de Assmann y responde en esto completamente a la discusión que él ha desatado. Ella sigue siendo pues consecuente al orientarse por el término «monoteísmo». Así, también yo quiero mantenerme en lo mismo, sabiendo de todos modos lo poco objetivo que es. Al mantenerme estrictamente en el campo del Antiguo Testamento, apenas puedo tocar naturalmente el interés principal de Assmann, a saber el del desarrollo tardío histórico de la figura memorial de «Moisés», el de la «diferencia mosaica» que resulta de ella y el de su relación con la violencia. Sólo al final quiero mirar brevemente más allá del Antiguo Testamento. ¿Qué es pues en este marco lo que está más precisamente en cuestión en relación con el Antiguo Testamento?

Todos los sueños de que en alguna parte habría una isla de bienaventurados, donde la violencia es desconocida, se han mostrado engañosos. La violencia aparece dondequiera que viven seres humanos. La cuestión es, por lo tanto, a lo sumo la de saber dónde crece y se vuelve ella algo sin medida y si esto está en relación con el monoteísmo. Nuestra tarea sería entonces la de establecer dónde creció en la historia la violencia y dónde se volvió ella algo sin medida, y finalmente esclarecer si ella apareció o dominó al mismo tiempo que el monoteísmo. Se trata de cuestiones que se refieren a los hechos. Si se llegara a mostrar una tal relación temporal, se podría todavía seguir preguntando luego si también se da una relación causal. Todo esto constituiría una tarea para el historiador. A ella se dedica la primera parte de estas consideraciones.

I. LA CUESTIÓN HISTÓRICA SOBRE EL MONOTEÍSMO Y LA VIOLENCIA EN EL ANTIGUO ISRAEL

A un historiador que se vuelve hacia el antiguo Israel con un programa así sólo puede atraparle una clara duda, ante todo en presencia de los más recientes desarrollos en la investigación de la historia de Israel. Es algo que tiene valor tanto para la historia del monoteísmo de Israel como para la historia de la manera como afectó la violencia a Israel, admitido lo cual, se justifica preguntarse por la posibilidad de relacionar ambas cosas entre ellas.

I.1 Sobre el monoteísmo

Desde hace mucho tiempo sabemos que hay un monoteísmo teórico a más tardar en los estratos tardíos del Deuteronomio y en el Deutero-Isaías, es decir, en el tiempo del exilio babilónico. El mismo Deutero-Isaías trabaja todavía con ayuda de representaciones politeístas. Los dioses son llamados a aparecer ante una especie de juicio cósmico. Ellos no aparecen. Por lo tanto no existen.

Israel no conoce un monoteísmo teórico sino solamente en los últimos siglos antes de Cristo. Antes de eso las cosas eran de otra manera. Entre los muchos dioses, uno fue solamente el Dios de Israel. Solamente él era adorado. En este sentido fue también él *ya antes* del monoteísmo el Dios *uno*. Una comparación aclara quizá lo que ocurría con esta experiencia religiosa: hay muchas mujeres en el mundo, pero cuando arde en un hombre el amor, repentinamente una sola mujer se convierte en su *una*. En ella se reúne todo para él (cf. Hld 6,8d). Algo así sucedió en Israel. No se trataba del ejercicio de descontar dioses. Frente a esta situación nos sentimos perplejos: ¿la cuestión acerca de la violencia la tenemos que poner a un culto de Dios ya incorporado en el marco del pensamiento politeísta?

Pero todavía más. Por los libros narrativos del Antiguo Testamento se mueve la noticia de que siempre siguieron siendo adorados otros dioses. Las leyes de Israel lo

prohibían. Los libros de historia narran lo que realmente sucedió. Los profetas hablan en contra. La Biblia considera esto como una apostasía. Pero si se entiende por «Israel» toda la población, entonces hay que preguntar si el Israel de hecho no fue politeísta en gran parte y a través de mucho tiempo, aún en el sentido normal de la palabra.

Y todavía un paso más. La arqueología ha sacado a la luz testimonios que hablan de manera politeísta - a saber inscripciones que hablan de «YHWH y su Ashera», por lo tanto también de una esposa divina -, además acerca de figuras de diosas, y que han sido encontrados en lugares tan dispersos que muchos historiadores se preguntan si el culto de otros dioses en el tiempo de los reyes fue realmente una apostasía o una situación normal. ¿No se tenían más bien al mismo tiempo dioses familiares, divinidades locales, y finalmente el dios nacional *uno*? En su conjunto, todo esto no sería un monoteísmo sino una forma común de politeísmo. Naturalmente esta forma habría cambiado lentamente. En el tiempo de Jesús ya no se daba algo así. Algo que se discute es si esta interpretación de los datos tiene fundamento. Yo mismo sería más bien reticente al respecto. Pero es algo que no se puede excluir por medios históricos.

Ahora bien, el Judaísmo post-exílico no tuvo mucha oportunidad de actuar de manera especialmente violenta, excepción hecha de algunos decenios de la época de los macabeos. La cuestión de la violencia la tenemos que poner ante todo en el tiempo de los reyes, cuando Israel y Judá se volvieron naciones independientes. Si entonces el barómetro de la violencia subió de manera desproporcionada es algo que tampoco se puede simplemente derivar de que la religión hubiera sido monoteísta. Ella no lo era. Sin embargo, eso aún si, de acuerdo con las leyendas sobre Elías, el profeta hizo matar no solamente a los profetas de Baal y de Ashera - antes de esto ya habían sido muertos todos los profetas del Dios de Israel en nombre del Dios Baal, y solamente había sobrevivido Elías (1 Rey 18-19). Violencia en el ámbito de lo religioso - sí. Si histórico o solamente leyenda - no lo sabemos exactamente. Sin embargo, monoteísmo violento frente a politeísmo tolerante - con seguridad no. En esta leyenda reina violencia desde todos los lados.

1.2 Sobre la violencia

Y ahora, a la otra parte, a la violencia. También aquí nos encontramos sorpresas. Tomo un ejemplo, que siempre es traído como prueba reina sobre la violencia en Israel: la destrucción de toda la población ciudadana después de la conquista de un lugar. Sobre esto de que a la conducción arcaica de la guerra podía pertenecer el desplazamiento de la población de una ciudad conquistada y precisamente como ofrenda en honor de la propia divinidad, no hay ninguna duda histórica. También los germanos conocían esto. En la Biblia se habla del herem. Las traducciones hablan en su mayoría de «destierro», la traducción ecuménica habla de «consagración de la destrucción». La Biblia informa acerca del herem ante todo en la conquista de la

tierra prometida por Moisés y Josué (Deuteronomio 1-3 y Josué) - en todo caso en textos que fueron redactados medio siglo más tarde y que presentan expresamente algo así como una contra-propaganda contra la amenaza de terror asiria. Lo que aquí es importante: el herem no fue nada específico en Israel. La inscripción del rey moabita Mesha del siglo IX contiene la noticia de que Mesha conquistó la ciudad israelita de Nebo y desterró la población que contaba 7000 hombres como herem para su Dios Ashtar-Kamosh. Por lo tanto de nuevo un tipo de violencia que debe ser puesto en un ámbito cultural más amplio, no específicamente en la religión de Israel, y no precisamente dentro de un monoteísmo que en este período no existía de ninguna manera.

Sin embargo, ahora me interesa otra cosa: para el historiador, una inscripción de una época que se ha encontrado bajo tierra es una fuente mucho más confiable que una narración de un libro bíblico que, según el género literario, circulaba durante mucho tiempo como leyenda, que sólo fue escrita siglos después de los acontecimientos y que nos está conservada solamente en representaciones literarias todavía más tardías. Si se tiene en cuenta este criterio, entonces se puede decir sobre la praxis del herem: mientras nosotros tenemos seguridad histórica sobre la consagración de la destrucción de una ciudad israelita por un rey moabita en el siglo IX, poseemos es cierto una serie de afirmaciones bíblicas sobre el herem israelita a ciudades no-israelitas por Israel en la «conquista del país», históricamente dudosa, que hizo Israel, pero en cada una de ellas se da esta o aquella razón para dudar de la historicidad. Esto no significa que Israel en tiempos antiguos no hubiese practicado *también* el herem. ¿Cómo es posible si no que se hubieran dado estos recuerdos? ¿Cómo es posible si no que la presentación hubiera arrojado aún hasta los textos proféticos tardíos esta sombra literaria? Pero algo preciso no puede decir sobre esto el historiador. ¿Pero, cómo es posible en presencia de una tal situación de conocimiento presentar la tesis de que en un determinado tiempo había aumentado o disminuido la disposición para la violencia? Esto sería, sin embargo, el presupuesto para una afirmación según la cual el monoteísmo surgido en Israel habría producido más violencia que todo politeísmo.

A todo esto se añade algo que aumenta aún más las dificultades. Es la represión de la violencia. René Girard sobre todo ha mostrado en qué medida las culturas arcaicas por lo menos entendieron cómo poner sobre la violencia el manto del silencio o cómo verbalizar, ante todo en mitos, hechos amargos sólo completamente cambiados e indirectamente embellecidos.

Para diferenciar esto un poco: yo distinguiría para nuestro ámbito tres posibilidades de hablar sobre la violencia. La *una*, normal, es precisamente la de la represión. A causa de ella experimentamos muy poco, a partir de la literatura antigua, acerca de la violencia, tan poderosa y contaminante como ella haya podido ser en la antigüedad. Sin embargo, se dio también lo *contrario*: el hecho de jactarse por la violencia. Ésta fue una técnica del gran Imperio. Con propaganda terrorista se desmoralizó a los

pueblos vecinos. Fue algo que hizo ante todo el Imperio neo-asirio con las inscripciones terroríficas de los reyes y los relieves de los palacios. Se les presentaba como lo más violento a los pueblos sometidos y a aquellos que todavía se quería someter - a menudo hasta encubrir la práctica política real esencialmente más cuidadosa. Una *tercera* posibilidad es la que yo creo encontrar en los escritos de Israel. En ellos aparece una sociedad sensible en relación con la violencia. Se reconoce poco a poco la realidad de manera nueva y se habla sobre ella de manera diferente. Es el comienzo de una controversia con la violencia, contrapunto de la técnica que se había dado hasta ese momento en el sentido de reprimirla o de proyectarla sobre los chivos expiatorios, o de imponer a otros la amenaza de la violencia como medio político. El cubrimiento de los procedimientos y de las estructuras de violencia trae ahora sin embargo que los escritos de Israel más que las otras obras literarias del mundo de entonces estuvieran llenos de muerte y de sangre.

Y ya que también a nosotros todavía hoy nos guían en nuestra profundidad los viejos mecanismos que cubren la violencia - a pesar de los cambios que entre tanto han tenido lugar en nuestra percepción social - podemos nosotros precisamente allí donde la violencia es cubierta realmente por primera vez en la historia, tener la impresión equivocada de que se trata de una religión especialmente animada por la violencia.

Todo esto lo debe tener en cuenta el historiador cuando busca en el antiguo Israel una relación especial entre un punto culminante de la historia de la violencia y el surgimiento del monoteísmo. Él no encontrará ninguna respuesta. Nada habla en la historia de Israel de manera positiva en favor de una relación especial entre el surgimiento del monoteísmo y una inclinación creciente hacia la violencia.

Sin embargo, cuando se intenta decir algo, se presenta más bien lo contrario. El antiguo Oriente estaba lleno de violencia. Israel, uno de estos pequeños pueblos en el puente estrecho entre el coloso Egipto y los bloques poderosos de Mesopotamia, estuvo casi siempre entre las víctimas, no entre los victimarios. Sus ciudades fueron continuamente destruidas, sus hombres golpeados, azotados, decapitados, crucificados, deportados, vendidos como esclavos. Si es verdadero que la violencia solamente es perceptible para las víctimas, no para los victimarios, entonces no necesitamos admirarnos de que precisamente en la Biblia de Israel la violencia se convirtiera en un tema central. Pero no porque Israel hubiese sido más violento que los otros pueblos.

No se debe embellecer en esto nada de lo que también sucedió como violencia en Israel. Israel llegó solamente en un largo proceso al conocimiento de la violencia y volvió a caer siempre de nuevo en el mundo de la violencia. Ante todo Egipto y Asur con sus ideologías de dominación mundial lo deslumbraron continuamente. Sin embargo, sus ideologías estaban fundidas con el politeísmo. Jan Assmann nos presenta a Egipto precisamente como el caso ejemplar de politeísmo que tiene su culminación en lo que él llama cosmoteísmo. El reciente intento del asiriólogo finés Simo Parpola

de ver en la religión del Reino asirio una forma temprana politeísticamente disimulada de la gnosis, sólo produjo en sus colegas especialistas un incrédulo meneo de cabeza. En la medida en que la relación de Israel con su Dios toma la modalidad del monoteísmo, crece allí más bien una nueva visión de la violencia humana.

1.3 De la pregunta por los hechos a la pregunta «canónica»

¿Qué nos queda a nosotros, si en la pregunta por el monoteísmo y la violencia, así como ella busca ser puesta hoy por lo menos en relación con el antiguo Israel, se quiere dejar por fuera la respuesta esperada? ¿Se puede entonces quizá en otro nivel continuar planteando la pregunta, en un terreno en el cual no debe uno perderse en la selva de las incertidumbres históricas? Assmann propone otro camino de los historiadores: deja abiertas las preguntas históricas del tiempo bíblico y pregunta por su influjo en la historia posterior. Esto no es falso, más aún, es necesario. Sin embargo, yo debo mantenerme en el nivel del Antiguo Testamento. Soy de la opinión de que allí todavía se deben seguir planteando las preguntas. Sí, las preguntas propiamente dichas, que solamente entonces pueden constituir la contraparte de la historia del influjo, todavía están por fuera.

Las tres religiones «monoteístas» son «religiones del libro». Precisamente Jan Assmann nos ha descubierto de nuevo la significación del canon de los escritos en estas religiones. En el antiguo Israel, el canon de los libros santos, nuestro «Antiguo Testamento», tuvo naturalmente su forma definitiva sólo al final del ámbito de la historia que nosotros examinamos ahora y sólo entonces fue reconocido como tal. Pero desde entonces el Antiguo Testamento es el texto por el cual se determina la identidad del Judaísmo - naturalmente junto con la Tora oral, que él abraza protegiéndolo. El Antiguo Testamento, como primera parte de la Biblia cristiana, tiene una función análoga, aquí naturalmente junto con el Nuevo Testamento en la unidad de los dos. Si nosotros descubrimos la posición del Antiguo Testamento canónico como sistema literario de afirmaciones frente a la violencia -independientemente de todo lo que presupone y de lo que todavía brilla literariamente en él-, entonces estamos con nuestra pregunta quizá en la dirección correcta.

Poner la pregunta en estos términos tiene otra ventaja: nosotros no podemos nunca excluir, aún en el caso de un rechazo fundamental de la violencia por la Biblia, que dentro del Judaísmo o dentro del Cristianismo la violencia hubiera reaparecido de nuevo en el transcurso de la historia - en individuos, en grupos, quizá en todo lo que se presenta oficialmente en una determinada época como Judaísmo o Cristianismo. Ella es eso y precisamente con toda su fuerza histórica. Pero eso es algo que debe ser condenado como infidelidad a su propio ser por una religión del libro como lo son el Judaísmo y el Cristianismo, que está contra la violencia. Es algo que es pecado y tanto el Judaísmo como el Cristianismo conocen completamente la conversión y el regreso al origen. En tal caso no se puede cargar en nombre de Dios a la religión la violencia que surge sino solamente a sus malos representantes. La sospecha con la

cual entramos en la controversia no se refiere sin embargo a los representantes del monoteísmo, sino a las religiones monoteístas mismas en su compromiso interior. También aquí se plantea sin duda en el caso de Israel el canon de sus libros santos, el destinatario apropiado para nuestra interrogación.

De todos modos hay que observar una cosa. Los libros santos deben ser leídos como ellos mismos fueron y son leídos en la comunidad receptora. El Antiguo Testamento, una vez convertido en canon, tiene que ser leído por lo tanto como una unidad. Sus mismos libros proceden de distintas épocas y reflejan distintas visiones del mundo. Como partes del canon crecen ellos juntos sin embargo hacia la unidad, entran en diálogo entre ellos y se definen unos a otros en sus afirmaciones. A una tal lectura del Antiguo Testamento me quisiera volver yo ahora en mis consideraciones.

En este nivel canónico, la religión de Israel es sin más «monoteísta». Aún los muchos textos que proceden todavía de un sistema de coordenadas politeístas, contribuyen a su manera a la afirmación integral monoteísta. La cuestión es por lo tanto solamente cómo se comporta en relación con la violencia este canon escriturístico.

2. EL CANON DEL ANTIGUO TESTAMENTO Y LA VIOLENCIA

Naturalmente, sólo puedo indicar ahora algunas cosas. Quisiera hacer notar que desde el punto de vista católico hay un pronunciamiento nuevo de parte de la Iglesia sobre la problemática de la violencia en la Biblia, bien legible también para no exégetas. Se trata de la primera parte bíblica del mensaje episcopal «Paz justa» de la Conferencia Episcopal Alemana del 27 de Septiembre de 2000 - aproximadamente 12 páginas. Los Obispos alemanes han presentado aquí de manera concienzuda las cuestiones sobre la guerra y la paz en la Biblia bajo la cuestión «Biblia y violencia». Yo tendría solamente pequeñas correcciones exegéticas que hacer en varios puntos particulares. Por eso sigo ahora en lo esencial estas consideraciones.

2.1 Dominación de la violencia por la violencia legítima

Afirmaciones decisivas totalmente humanas sobre la violencia se encuentran en la historia primitiva. El paisaje de esta historia primitiva está caracterizado por el impulso humano hacia la violencia el cual constituye el problema principal. Tengámoslo bien presente: la historia primitiva presenta en imágenes del principio lo que se ha dado siempre y en todas partes.

Junto a la desconfianza frente a Dios (Génesis 3), tiene el pecado original humano en el comienzo del Génesis un segundo aspecto: la destrucción de la armonía entre los hombres. Caín asesina por rivalidad a su hermano Abel (Génesis 4). El modelo original del pecado interhumano es por lo tanto la violencia. El paraíso fue en Edén,

delicia; Caín trae al país inestabilidad: lugar y contra-lugar. Así cambia la violencia desde el principio la realidad.

Sin embargo, aún en la inestabilidad debe todavía haber seguridad. Dios signa a Caín con una señal. Ella lo protege, ya que lo amenaza la violencia. La violencia misma es de nuevo ahora utilización de la violencia. Pero ella aparece aquí como algo positivo. Ella lo fue también desde el punto de vista social e histórico, antes de que el juicio de asesinato fuera llevado ante el tribunal. La venganza de sangre es una institución jurídica pre-estatal. Quién la practica y cómo se la debe medir, es algo que se determina de manera precisa en las sociedades tempranas. Ella tiene ante todo función preventiva. Como ella amenaza al violento, protege por su propio poder de los estallidos caóticos de la misma violencia.

Así resulta originalmente un espacio latente de violencia refrenada pero provisional en las primeras formas del derecho. En él hace surgir la Biblia la cultura humana. Caín y sus descendientes construyen la primera ciudad, organizan la ganadería, inventan la música y dan comienzo al trabajo metálico. Esto quiere decir: el hombre desarrolla la cultura en relación con el elemento primerizo del derecho, la amenaza de venganza por el asesinato. La cultura debe ayudar a refrenar la violencia, el principal problema humano. Nada en el desarrollo humano viene por lo tanto a nosotros en la inocencia: ni la diferenciación de la sociedad en la multiplicidad funcional de una ciudad ni la cría de ganado ni el arte ni la industria. Todo reprime y suaviza el impulso hacia la violencia. Sin embargo todo permanece ambivalente. Se puede dar también una escalada de la violencia. Entonces, de la misma manera debe crecer la contra-violencia. Ya en la sexta generación de la humanidad se vanagloria Lamec en un canto de que él será vengado, si se le mata, setenta y siete veces (Gen 4,24). Así se echa a perder la más primitiva institución jurídica que protege de la violencia de nuevo rápidamente.

La cuestión es tratada de manera narrativa una segunda vez en el punto culminante de la historia primitiva, con ocasión del diluvio. Allí se dice inmediatamente al comienzo:

La tierra estaba corrompida en la presencia de Dios, se llenó de violencia. Dios miró a la tierra y he aquí que estaba viciada; porque toda carne tenía una conducta viciosa sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: «He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de violencias por culpa de ellos. Por eso he aquí que voy a exterminarlos al mismo tiempo con la tierra (Gen 6,11-13).

En el ambiente de Israel tenían también otros pueblos narraciones de diluvios - reflejo de nuestro miedo primitivo ante el último peligro del mundo. Pero solamente la Biblia fundamenta el diluvio con la violencia creadora. La pendiente hacia la violencia no sólo pone en cuestión la convivencia humana, sino que pone en peligro la creación en cuanto totalidad. Quizá sólo hoy podemos comprender esto.

Sin embargo, lo decisivo en la narración del diluvio es la salvación del justo Noé y el nuevo comienzo que Dios hace con él. El orden del mundo establecido por Dios después del diluvio no es idéntico al primero. Dios se contenta en cierto sentido según las leyes de la narración, en la descripción esencial de la realidad creada, con un mundo secundariamente mejor, en el cual incorpora la violencia en una medida limitada. Debemos ver esto como el precio de la libertad. Todo es llevado al punto en las ordenaciones de Dios después del diluvio. Dios da a los hombres que vienen del arca, nuevas indicaciones para su vida (Gn 9,2-6). La Biblia había expresado su ideal de la no violencia en la historia de la creación en el sentido de que los hombres debían vivir como animales solamente de alimento vegetal. Aún en el acto animal más fundamental de la toma de alimentación no debía de ninguna manera darse la violencia (Gen 1,29s). Esto lo cambió Dios ahora para la segunda humanidad. Con las plantas determina él también para el hombre los animales como alimentación. Esto implica una especie de situación de guerra entre el hombre y el animal. Sin embargo, la vida del hombre es sancionada. Quien derrama sangre humana, su sangre será derramada por hombres, porque el hombre ha sido creado como imagen de Dios (Gen 9,6).

Aquí se tocan la narración del diluvio y la historia de Caín. Dios inventa la amenaza de sanciones por medio de la violencia jurídicamente ordenada para impedir la violencia contra el prójimo. Nuestra creación, tal como es - no aquella que Dios propiamente quisiera -, conoce por lo tanto la violencia, sin embargo Dios exige de los hombres que la impidan en lo posible por medio de sanciones jurídicas. La tradición judía posterior creó a partir de este texto lo más importante de los mandamientos válidos para todos los hombres, los llamados mandamientos de Noé: la obligación de establecer un derecho ordenado. Esto está aquí de hecho implicado - y aquí son pensables todavía las más diferentes formas de la comunidad humana. La «violencia legítima» en las sociedades humanas está pues fundamentada bíblicamente, aún más, exigida. Esto tiene valor también en relación con la forma más importante de la sociedad de nuestro mundo actual, el «Estado», y de la misma manera en relación con lo que hoy de nuevo surge gimiente como comunidad institucionalizada de Estados protegida de la violencia y que a la vez rechaza la violencia.

Estas afirmaciones de la historia primitiva bíblica están marcadas por la tristeza. Pero ellas reclaman validez. Para controlar la violencia se necesita lamentablemente la violencia. Sólo dentro de este ámbito de la historia protegida contra la violencia desarrolla la Biblia ahora su mensaje propio. Ella apunta hacia una superación más radical de la violencia.

2.2 Un contra-pueblo libre de la violencia

En Noé, el héroe del diluvio, entregó Dios un hombre justo de la humanidad que se tambaleaba hacia la destrucción, para empezar de nuevo con él la historia. En este estilo sigue él obrando. Con Abraham se escoge para sí a un individuo, en él

naturalmente a toda una familia, finalmente un pueblo, para comenzar dentro de la historia general una historia nueva, especial (Gen 12,1-3). Se crea una especie de contra-sociedad en medio de la sociedad del mundo afectada por la violencia.

El sentido de la historia de Israel, el pueblo elegido, no es solamente la felicidad de este pueblo. Es, desde el punto de vista de su meta final, un sentido universal que abarca a la humanidad. A una tal concepción de la historia que sigue siendo universal a pesar de la elección particular corresponde el famoso texto sobre el tiempo final que llegó a ser en los últimos decenios un texto clave de los movimientos pacifistas: el texto de las espadas que son convertidas en arados. Se encuentra dos veces en el Antiguo Testamento, en los profetas Isaías y Miqueas. Les preceden en ambos libros textos que acusan a Israel de haber fallado y de no vivir el ordenamiento de Dios. Por eso caerá la alta ciudad de Israel, Jerusalén. Sin embargo, como contra-imagen de este futuro cercano ambos libros proféticos empujan la mirada hacia un futuro lejano. Dios lo tiene ya ante los ojos. Allí leemos:

«... el monte de la casa de Yahveh será asentado en la casa de los montes y se alzarán por encima de las colinas.

Y afluirán a él los pueblos, acudirán naciones numerosas y dirán: «Venid, subamos al monte de Yahveh, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos, y nosotros sigamos sus senderos».

Pues de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la Palabra de Yahveh. Él juzgará entre pueblos numerosos y corregirá a naciones poderosas, forjarán ellas sus espadas en azadones y sus lanzas en podaderas. No blandirá más la espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. Se sentará cada cual bajo su parra y bajo su higuera, sin que nadie le inquiete. (Mich 4,1-4; cf Is 2,2-4).

La montaña de Sión sobresale por lo tanto sobre todas las elevaciones del mundo. Todos los pueblos se convierten en comparación con él en colinas. Esto significa en el contexto que los habitantes de Sión ahora sobresalen como sociedad pacífica justa sobre todos los pueblos divididos del mundo. Así fascinan ellos a los pueblos. Fascinados se ponen éstos en movimiento hacia el pueblo de la paz, hacia el Dios que comunica allí su enseñanza, y aprenden la paz. Todo sucede en la libertad, no hay ninguna coacción. La victoria de Dios sobre la violencia camina por lo tanto por la transformación de un pueblo.

Aquí se muestra ante todo una vez cómo es de estrecha la caracterización de la religión vetero-testamentaria como monoteísmo. Ella está formulada demasiado en relación con la divinidad solamente. Naturalmente el Antiguo Testamento canónico conoce sólo un único Dios, no muchos dioses. En este sentido es monoteísta. Pero de lo que propiamente se trata es de otra cosa: Dios se crea en la historia un pueblo por medio del cual se le hace posible acabar con la violencia en la historia. Y no por

un misionar violento de nuevo, sino por la fascinación de la figura social de este pueblo. Solamente desde esta concepción fundamental es definida la más antigua de las religiones abrahámicas de manera objetiva, no desde una afirmación sobre el número de seres divinos.

De que solamente se hubiera querido en general, en este contexto, introducir una «diferencia mosaica» entre verdadera y falsa religión en el pensamiento humano - en el diseño de la historia vetero-testamentaria - no se sigue de ninguna manera que la verdadera fe se tuviera que imponer de manera violenta, ni siquiera que esto fuera pensable. Lo que debe jugar aquí es el carácter atractivo fascinante y lo que se debe imponer es la paz.

2.3 El camino hacia afuera de la violencia mostrado a Israel

Aquí habría que comentar ahora casi todo el Antiguo Testamento. Sin embargo, precisamente aquí me debo lamentablemente contentar solamente con algunas palabras claves. En todo caso, el Antiguo Testamento sólo describe la visión definitiva, que luego determina como un todo, que testimonia un camino.

Israel fue también al comienzo del camino absolutamente un mundo de violencia - de la legítima pero precisamente de la que pisa sobre la orilla -. Sin embargo esto fue también en Israel velado y reprimido, como en todas partes. Solamente entonces debió hacerse perceptible la presencia de la violencia para este pueblo en su mundo y en el ambiente. Ya he mencionado y he hecho notar que precisamente la abundancia de las acciones de violencia descritas muestra cómo aquí son retirados los velos puestos para ocultarla.

Un segundo paso en el camino es la denuncia de la violencia. Ella es acusada. Esto lo hicieron ante todo los profetas. Se puede llamar pecado la violencia cuando se muestra al mismo tiempo la justicia. Se trata de la imagen de la justicia que comprende la misericordia con los débiles. La imagen está dibujada de la misma manera en la Tora que en los profetas. Es característico que frente a la imposición del derecho siempre vuelva a ser sacada a la luz la reconciliación.

Sin embargo, lo decisivo es el tercer paso. Es la consideración que crece lentamente de que es mejor ser víctima que vencedor violento. Ella se levanta en los cantos de lamentación del salterio. Es desarrollada de manera narrativa en las historias del destino violento de los profetas. Culmina en el cuarto cántico del siervo en el Deutero-Isaías (Is 52, 13-53, 12). La cristiandad primitiva entendió este texto en sentido mesiánico. Originalmente o por lo menos en el tiempo en el que se vio en el «siervo de Dios» una personificación del pueblo de Israel. Las dos interpretaciones son correctas y se pueden compaginar mutuamente. En todo caso este siervo de Dios no se rebela ya contra la violencia. Es destruido, pero en su muerte es salvado por Dios y se convierte en centro de la salvación para los pueblos.

Aquí termino. Estamos en el punto en el cual comienza el sermón de la montaña de Jesús y en el Nuevo Testamento la interpretación de la muerte de Jesús. Si la historia primitiva controla la violencia humana por la contra-violencia regulada legítimamente, el Antiguo Testamento supera ya este acto de balanceo introducido divinamente, pero que sin embargo en último lugar nunca funcionó, por medio de la visión de una sociedad sin violencia, a la cual se someten al final del tiempo todos los pueblos del mundo. Esta sociedad aparece para ellos como una fascinación. Sin embargo, toda la seriedad de la visión se muestra en el siervo de Dios. No funciona sin disponibilidad de exponerse a sí mismo a la violencia y sin la fe de que Dios será precisamente quien se impondrá.

OBSERVACIÓN CONCLUSIVA

He llegado a un resultado realmente contrario a lo que el título de mi conferencia proponía y a lo que la opinión pública de hoy insinúa. Pero para poner ahora el punto sobre las «íes» quiero sin embargo al fin de todo añadir todavía una cosa - y esto remite a la historia post-bíblica de la fe bíblica. Judaísmo y Cristianismo son quizá especialmente virulentos en relación con el tema de la violencia. Y esto precisamente porque ellos poseen esta visión de una transformación plena de un mundo determinado por la violencia. Quien asume esta manera de ver las cosas pero *no* lo hace con el sermón de la montaña de Jesús y con el cuarto canto del siervo de Dios en el cerebro y en el corazón, se sentirá naturalmente fácilmente tentado todavía una última vez en la historia (como cree) a echar mano de la violencia, para poner fin a la violencia en el mundo. Ésta es la más grande de todas las perversiones. Pero ella está más extendida lamentablemente en la historia de los monoteísmos de lo que se piensa y no menos en la historia de los ateísmos que han surgido de los monoteísmos. Todos ellos tienen una gran visión de la paz y de la felicidad definitivas. Esta perversión se debiera despojar de todo monoteísmo dondequiera que él se les echa encima, para volver sobre la formulación de Jan Assmann de la que partimos-. Sin embargo, ella no es inherente de ninguna manera al «monoteísmo» del Antiguo Testamento.